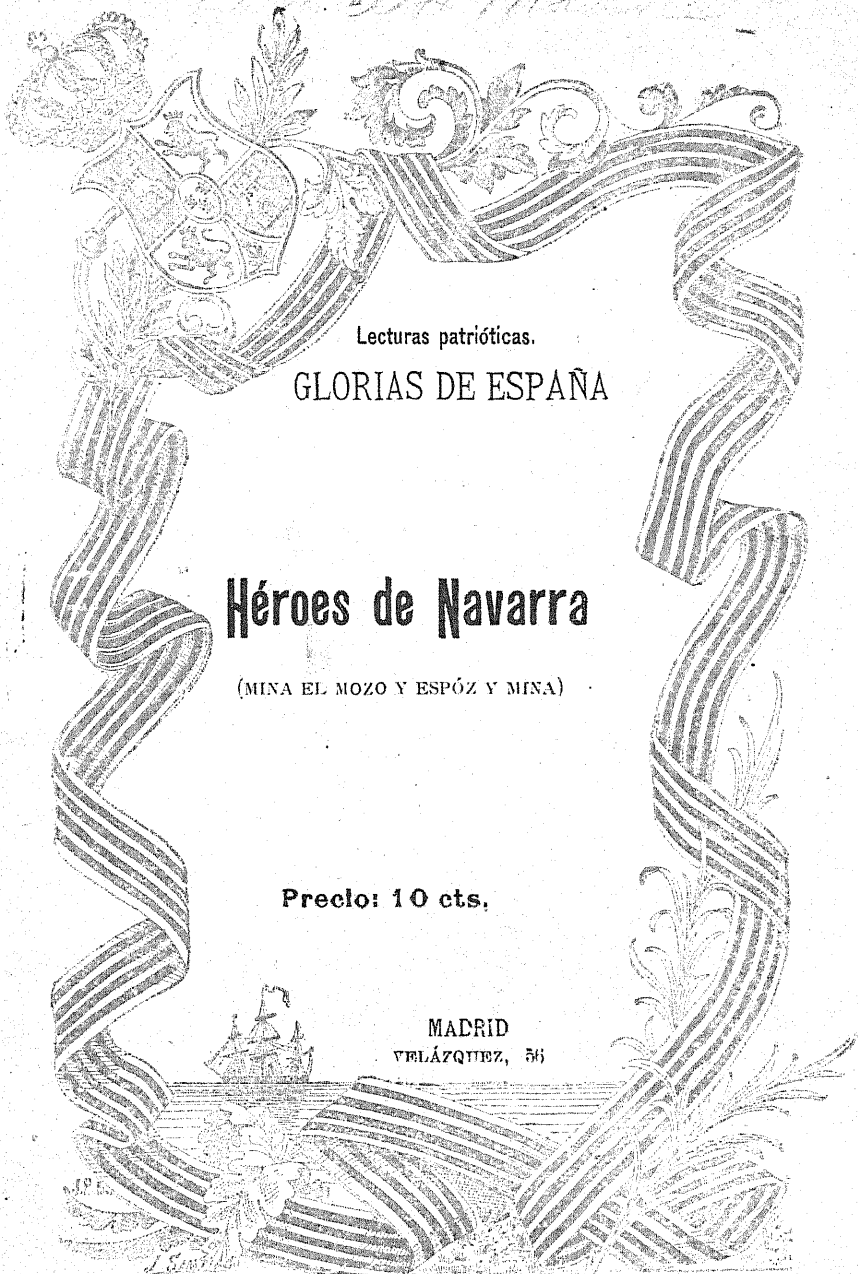


*El Heraldo*



Lecturas patrióticas.

GLORIAS DE ESPAÑA

# Héroes de Navarra

(MINA EL MOZO Y ESPÓZ Y MINA)

Preco: 10 cts.

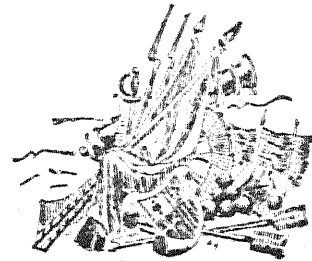
MADRID  
VELÁZQUEZ, 56

GLORIAS DE ESPAÑA

# HÉROES DE NAVARRA

(MINA EL MOZO Y ESPÓR Y MINA)

NARRACIÓN HISTÓRICA



MADRID

Oficinas de «La Última Moda.»

VELÁZQUEZ, 55

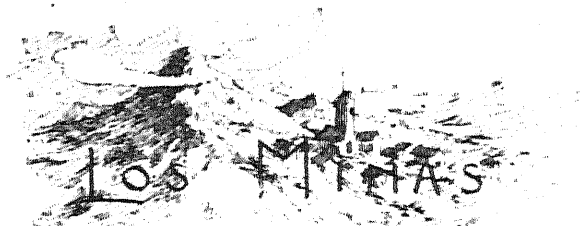
---

Es propiedad.—Reservados  
los derechos artísticos y lite-  
rarios.

---

---

Imp. particular de LA ÚLTIMA MODA.—Diciembre 1898



## Parte primera

Idocin es un pequeño lugar del antiguo reino de Navarra, perteneciente al valle de Ibargoiti, situado en un llano, á ambos lados de la carretera que conduce de la importante plaza de Pamplona á la ciudad de Sangüesa. Atraviesa Idocin, próximo á las casas, un arroyo que desciende de la sierra de Aya, el cual luego de fertilizar algunas huertas, vá á confundirse con otro que pasa por Izco.

En la tarde del 28 de Julio de 1809, presentóse en este pueblo una avanzada de dragones franceses exigiendo raciones para un destacamento de 200 hombres.

Sabido es que los dragones eran una tropa escogida, que lo mismo servía para combatir á pié que á caballo, puesto que iba armada con sables, fusiles y bayonetas.

El pueblo estaba casi desierto. La mayoría de los escasos habitantes de Idocin se encontraban en el campo ocupados en las labores de la siega; pero pronto la campana de la pequeña iglesia tocó al arma, congregando á sus hijos para la defensa de sus hogares.

La columna enemiga había entrado en el pueblo.

Los paisanos, un puñado de hombres, solo contaban con algunas armas de fuego y los útiles del campo.

La lucha debía ser y fué, en efecto, de corta duración.

Vencidos los hijos de Idocin, el jefe francés, siguiendo la costumbre de castigar á todo pueblo que hacía resistencia

á las armas imperiales, se entregó á la devastación y al pillaje.

Los hijos de Idocín, una hora antes felices y hasta ricos, se vieron de repente desgraciados y empobrecidos.

Cargados con el botín y satisfechos de su triunfo, jun- to á ciento de diez contra uno! abandonaron á Idocín los franceses.

Después, nada; un nuevo pueblo arruinado y unos cuantos españoles trocados de labradores en mendigos.

En la tarde de aquel aciago día y cuando las sombras de la noche comenzaban á amenguar los hermosos rayos del sol, apareció por el camino de Monreal un gallardo joven de buena estatura, franco mirar y señoriles modales. En su pálido rostro se pintaban las huellas de una larga dolencia. Había estado muy enfermo y aún sufría una larga y penosa convalecencia. Llevaba la escopeta al hombro y el morral lleno de pájaros, lo cual probaba que volvía de caza, ejercicio que los médicos le habían aconsejado para repone- r sus fuerzas y recobrar la perdida salud.

No lejos de Idocín salióle al encuentro, cortándole el paso, un hombre de aspecto varonil, que vestía el uniforme de militar español, y con sentido acento le dijo:

—Detente, Javier.

—¿Por qué, tío mío?

—En Idocín ha ocurrido una desgracia.

—¿Una desgracia?—Y con un grito que salía de lo más profundo de su alma exclamó.— ¡Mis padres!

—Tranquilízate: nada les ha ocurrido... pero los franceses...

—¿Qué?

—Han entrado en Idocín y á pretexto de vengar la muerte de un sargento, ocurrida en la vecindad, han asaltado y saqueado tu casa, dejando en la miseria á tus ancianos padres.

—¿Pero ellos?...

—Sanos y salvos acabo de dejarlos en Lecaun.

—¡Bendito sea Dios!... ¡Es decir, que esos malvados de bonapartistas, son siempre los mismos, bandoleros más que soldados!... Pues bien, en Navarra me encontrarán, como

ya me encontraron en Aragón!... Ven, escopeta querida— añadió—y sé tú el arma sagrada que venga á un tiempo mismo, á mi España y á mis padres... ¡Al monte!

—Y yo contigo—exclamó el militar.—Un puñado de hombres, que pelean por su patria y su hogar, vale por un centenar de esos sicarios del intruso... Contamos con parientes y amigos... Eres el ídolo de la comarca. Citémoslos para esta misma noche. Yo me encargo de hacerlo. Manda y ordena.

—El punto de reunión—dijo Javier—será Egusain.

—Allí estaremos.

—Pero antes, quiero ir á Lecaun á recibir la bendición de mis padres. ¡Adiós, tío Francisco, hasta la noche!

Los dos, se estrecharon la mano y se separaron. El cazador que era Javier Mina, emprendió el camino de Lecaun, y el militar, su tío Francisco Espóz y Mina, desapareció á buen paso por entre los árboles.

No es posible hablar de Javier Mina, sin sentir un movimiento de orgullo, el orgullo de haber nacido en esta hermosa tierra de España, que produce hombres de semejante valía.

En Javier Mina se reúnen, por misterioso consorcio, la juventud y la experiencia; el valor y la ilustración; el patriotismo y la lealtad; el amor á la patria y á la familia, y casi para él parece escrito aquel bello pensamiento de que el amor á la patria, principia en la familia.

Nació Javier Mina el año 1789, en Idocín. Sus padres, labradores bien acomodados, que le querían con delirio, observando su natural despejo y claro talento, le enviaron á estudiar, sin reparar en sacrificios, á la Universidad de Zaragoza, de la que pronto fué uno de los alumnos más aventajados.

Javier, era el verdadero estudiante de la época.

En Zaragoza los estudios no le privaban de escribir versos para alguna *madamita* del Coso, ó rondar alguna *serriana* de Gudar, ó pasar la noche al pié de la reja de alguna

moza del arrabal. ¡Quién sabe si alguna de ellas le repitió á impulso de los celos, en una noche de riña de enamorados, la conocida copla:

«Navarrico, navarrico,  
no seas tan fanfarrón,  
que los cuartos de Navarra  
no pasan en Aragón.

Llegada la época de vacaciones, corría Javier la *Tuna*, no por necesidad sino por gusto, y cuando su buena madre le reñía, la decía dándole un sonoro beso ó un cariñoso abrazo, que la *Tuna* era la continuación de la Universidad, que si en Zaragoza se estudiaba la ciencia en los libros, por los caminos y en los pueblos se aprendía la ciencia de la vida, y que era menester, para llegar á ser un hombre completo y no asustarse de nada, saber un poco de todo.

Ninguno de los estudiantes que componían el grupo de la *Tuna*, incluso los *Sopistas*, que eran los más lagartos, pues la falta de medios en que generalmente se hallaban les obligaba á aguzar el ingenio más que á los otros, aventajaban á Javier Mina, en el modo de engañar á un posadero, ó ganar el corazón de una ventera, ó burlarse de un carretero, ó sacar los cuartos á un mayorazgo.

Por las noches al llegar al mesón era Javier el encargado de disponer la cena. El hambre era mucha y el dinero poco. Mina, que tenía á su cargo los fondos de la comunidad, no se apuraba *por tan poca cosa* y mandaba disponer una cena opípara, sin cuidarse de los temores de sus compañeros, que no se explicaban semejante derroche.

Antes de la cena, disponía Javier, contando con que todos sus compañeros sabían algo de música y tocaban algún instrumento, dar serenata al alcalde, al cura, al dómine, á la muchacha más bonita y al ricachón más acaudalado del pueblo, recibiendo: del alcalde... permiso para la música, del cura... bendiciones, del dómine... latines, de la muchacha... sonrisas, y del ricachón, algunas pesetas.

De vuelta al mesón, arreglaba Javier un baile, entre los aplausos de las mozas y los viajeros, y las maldiciones de

los arrieros: y casi siempre la posadera dejaba de cobrarles el gusto ó si le cobraba era muy corto.

Algunas, aunque pocas veces, la suerte les era contraria y Javier y sus amigos, se veían forzados á pasar la noche al aire libre en el campo, sirviéndoles de cama los dorados trigos, y teniendo que sostener ruda lucha con algunos campesinos montaraces, que viéndoles tan jóvenes, pretendían reírse de ellos.

En Idocín, era Javier el coquito de las muchachas, y el niño mimado de los hombres.

Lo mismo bailaba con las mozas, que tiraba á la barra con los mozos; lo mismo servía de amanuense á las niñas que tenían su novio en el servicio del rey, que jugaba á la pelota con los mozos, y del mismo modo que encajaba una arenga en latín al cura del pueblo, escribía en romance un billete amoroso á la hija del alcalde.

Y no había que andar en burlas con Mina, porque el joven estudiante tenía malas pulgas, como vulgarmente se dice, y ni los mozos más bravos de Idocín, ni los *sopistas* más valentones de la Universidad, habían podido hacerle retroceder; pues bajo un rostro de niño, ocultaba un alma de héroe, y bajo un exterior dulce y tranquilo, un corazón tan grande como la Torre Nueva de Zaragoza.

Siempre el primero y más dispuesto á burlarse del *bedel* ó del *alguacil del silencio*, á enamorar á una mujer alta ó baja, pobre ó rica, pues para él, en siendo joven y bonita, todas le gustaban: en hacer frente y reñir con denuedo contra el corregidor y su ronda; Javier Mina era considerado por sus demás compañeros, que admiraban en él al joven de talento y al hombre de valor, como jefe de los estudiantes de la antigua *Escuela eclesiástica* de Zaragoza.

Pero estaba escrito, sin duda, que no había de obtener la borla de doctor, ni siquiera acabar sus estudios.

La noticia de lo ocurrido en Madrid, el memorable 2 de Mayo de 1808, exaltó el espíritu de Javier y desde aquel día, en unión de otros jóvenes estudiantes y decididos patriotas, no cesó de trabajar por el alzamiento, que al fin se verificó, poniendo á su frente Zaragoza al insigne Palafox,



Bien puede asegurarse que desde aquel día, Mina empuñó el fusil para no dejarle de la mano en mucho tiempo.

Javier que tomó una parte activa en los dos gloriosos sitios de la heroica ciudad, cayó en el lecho postrado por la fiebre, en los últimos días del segundo, y apenas pudo sostenerse en pie, cuando cediendo á los ruegos de aquellos á quienes debía el ser, se encaminó á Idocín. Sus padres, al verle llegar, vertieron abundantes lágrimas de dolor, observando el tristísimo estado en que se veía el hijo de su alma, que más que hombre semejaba un cadáver.

Entonces comenzó la nobilísima tarea de la madre disputando á la muerte el hijo de sus entrañas. Atenciones, cuidados, desvelos, días sin descanso y noches sin sueño; todo lo empleó aquella amantísima madre, y al fin triunfó, porque su empresa era santa y el cielo la bendijo.

Las madres españolas, fueron durante la sangrienta lucha por la independencia, dos veces madres, pues además de dar el ser á sus hijos, tuvieron luego que volver á la vida á aquellos pedazos de su alma, que tornaban á sus amantés brazos heridos de muerte.

No era hombre Javier Mina de dejar impune la infamia cometida por los imperiales con sus queridos padres, y acompañado de su tío, posteriormente general y conde, D. Francisco Espóz y Mina, y de otros doce amigos, se lanzó al campo, dispuesto á tomar sangrienta venganza.

El 29 de Julio lograba batir á los franceses en Egusain, el 12 de Agosto en el Carrascal, y en la misma tarde de aquel día, en el pueblo de Beriaín.

Semejante actividad, ayudada de la más completa fortuna, conmovió profundamente á todo el país, y la guerrilla de Javier Mina aumentaba á cada instante, no pasando día sin que los destacamentos franceses de Navarra, y lo que es más, de la Rioja y el Aragón, dejasen de sufrir sus rudos ataques ó de ser víctimas de sus hábiles emboscadas.

Caras habían de pagarles los imperiales las lágrimas de su adorada madre y los sufrimientos de su noble padre.

En el mes de Agosto, además de los actos citados, hizo prisioneros á varios artilleros y á un comisario francés, en el camino de Tafalla á Pamplona, enviándolos á Lérida; y

entre los franceses que mató por su mano, se contó á un general de división, que perdió la vida dentro del mismo coche en donde viajaba.

Javier, tan valiente en el combate como humano en la paz, prendas nobilísimas que forman el carácter de los hijos de España y de que tantas pruebas dieron los guerrilleros, aquellos insignes paladines de la independencia patria, tachados de *brigantes* por los que no poseían ni su heroísmo ni sus virtudes, devolvió gran número de soldados prisioneros al general D'Agoult que mandaba en Pamplona, con una carta en la que le anunciaba que pasaría á cuchillo á cuantos franceses cayeran en su poder si continuaba persiguiendo á los curas y personas pudientes de los pueblos so pretexto de haber estado en ellos él y sus guerrilleros.

Sabedor de que los imperiales se dirigían á Sangüesa con un rico botín, compuesto de la plata que robaban á los templos y de las alhajas de que despojaban á los particulares, emboscó su gente y apenas los franceses pasaron de Rocafort, lanzóse Javier sobre ellos con tal ímpetu que sólo pensaron en huir y en salvarse, ganando la ciudad; pero antes de llegar á ella, se encontraron con la otra parte de la guerrilla mandada por D. Francisco Espóz y Mina, y el tío y el sobrino, á cual más bravos, completaron la ruina de la columna, que abandonó el convoy, refugiándose en Sangüesa, amparada por las fuerzas imperiales que en ella había de guarnición, dejando sobre el campo de batalla 60 hombres muertos y gran número de heridos.

En pocos meses, Javier Mina fué la admiración, no sólo de Navarra, su país, sino también de las provincias de Aragón y la Rioja, que le adoraban como si en ellas hubiera nacido, porque el joven estudiante, además de batir á los imperiales las había libertado de algunas partidas de bandidos, que bajo capa de patriotas asolaban á los pueblos.

La fama de Javier Mina se extendía rápidamente, conquistándole por todas partes amigos y valedores.

El gobernador de Lérida le proporcionó armas y municiones para los mozos que diariamente acudían á engrosar su ya considerable huestes y la Junta Central, queriendo darle una prueba de lo mucho en que estimaba sus servicios

por la causa nacional, le regaló una magnífica bandera para sus guerrilleros.

Javier quiso que el acto de la jura se celebrara cerca de los invasores, y eligió los campos de Villaba, pueblo situado á una legua escasa de Pamplona, desde cuyas murallas pudieron contemplar los imperiales la ceremonia, que fué imponente y grandiosa.

Todos los habitantes de Villaba y las cercanías concurrieron á ella, ansiosos de tomar parte en el juramento de morir por la libertad de la patria.

Era un hermoso día de Enero de 1810. Las campanas de la iglesia de Villaba y pueblos comarcanos tocaban á gloria.

Los paisanos, hombres, mujeres y niños, formaban en aquel anchuroso campo, vestidos con sus mejores trajes.

Por la parte del lugar de Burlada, apareció Javier Mina con la mayor parte de los guerrilleros, que formaron un ancho círculo, dejándole en el centro.

A los pocos instantes llegó D. Francisco Espóz y Mina llevando la bandera, á la que daban guardia de honor don Gregorio Cruchaga, D. Lucas Górriz y los demás jefes de la partida, cerrando la marcha el resto de los guerrilleros.

Reinó el silencio más profundo.

El instante no podía ser más solemne.

Javier tomó la bandera de manos de su tío D. Francisco y la inclinó hacia los guerrilleros y paisanos, los cuales extendieron las manos sobre ella.

Mina, con enérgico acento, exclamó dirigiéndose á todos:

—¡Jurais, valientes y leales soldados, defender vuestra santa religión, vuestra querida patria y vuestro querido rey, no consentir jamás el yugo del intruso José, no abandonar á vuestros jefes, ni menos desamparar esta bandera, símbolo de nuestra madre España, que os ha confiado el Supremo Gobierno de la Nación, en premio de vuestra lealtad y vuestra bravura?

Una voz general, un grito atronador, contestó á la pregunta de Javier, y todos exclamaron á un tiempo:

—¡Lo juramos!

Javier empuñando la bandera, la ondeó al viento á los

gritos mil veces repetidos de ¡Viva España! ¡Viva el Rey! ¡Viva Mina!

Por entonces las fuerzas de Javier Mina eran ya tantas y sus triunfos tan notorios, que el dominio de los franceses solo se extendía hasta donde alcanzaban los cañones de Pamplona, por lo que el gobernador de la plaza decidió entrar en tratos con él, como con un general del ejército regular, admitiendo á sus enviados como á oficiales parlamentarios y canjeando los prisioneros sin dificultad.

Para comprender toda la importancia de estos actos, bastará recordar el desprecio con que los franceses miraban á nuestros guerrilleros, tratándolos de bandidos, no concediéndoles fuero militar, y fusilándolos donde quiera que los cogían.

Al ver el mariscal Sachet que Mina con sus guerrilleros entorpecía las operaciones del tercer ejército francés, ordenó al general Arispe que á todo trance se apoderase de él.

En cumplimiento de esta orden, formó Arispe nueve columnas para rodearlo y prenderlo, que Javier Mina supo burlar. Aumentó sus fuerzas el general francés, y Javier comprendió que su única salvación estaba en la montaña; pero comprendió igualmente, que llevar allí á sus guerrilleros en el rigor del invierno, era llevarlos á morir de frío y de hambre. Entonces, y á pesar de la viva oposición y de la negativa de sus partidarios, disolvió la guerrilla con promesa de reunir la en un breve plazo, único medio de ser obedecido.

Con efecto, apenas se fueron retirando las columnas formadas para perseguirle, y el tiempo comenzó á mejorar, Javier Mina apareció de nuevo en el campo, con mayores bríos si cabe, penetrando en Aragón, ocupando las *Cinco Villas* y derrotando á los imperiales en las llanuras de Burguete y en la villa de Aibar.

No tardó en apoderarse de 27 carros de trigo, robados por los bonapartistas á los pueblos, y en derrotar á los franceses en Egea de los Caballeros, en Puente la Reina, en Campos de Muruzábal y en el Carrascal.



Tantas hazañas y tales victorias, sublevaron á los imperiales, y de nuevo se pusieron de acuerdo con el mayor secreto los jefes que mandaban en Aragón y Navarra, para cubrirle. El gobernador de Jaca y el general Arispe movilizaron numerosas columnas por la parte de Aragón, y el general Dufourt puso en movimiento otra porción de ellas en Navarra, persiguiendo á Javier de la manera más porfiada.

Un rasgo de su vida nos probará hasta dónde rayaba el valor y la sangre fría de Mina.

Queriendo ver por sus propios ojos la horrorosa persecución de que era objeto, se presentó en la carretera de Zaragoza á Pamplona, y confundido con otros aldeanos, estuvo presenciando en la primera fila el paso de los bonapartistas.

—¿Adónde van esas tropas?—le preguntó un aldeano que estaba á su lado.

—Pues á prender á Javier Mina—contestó él con la mayor tranquilidad.

—Mucho sentiré que le cojan—dijo el buen navarro.

—Y yo también—respondió Javier.

¿Cabe mayor osadía?

\* \* \*

La tenaz persecución de los imperiales debía tener por término la prisión de Javier.

Es Labiano, un lugar de cincuenta vecinos perteneciente al valle de Aranguren, á tres leguas de Aoiz y once de Pamplona, situado en un llano al Nordeste de un monte, desde el que se divisa todo el valle. Su término, que se extiende una legua de Norte á Sur, y media de Este á Oeste, confina al Norte con Aranguren, al Este con Góngora, al Sur con Andoicain, al Oeste con Zolina, y comprende el monte llamado de Labiano, poblado de robles y de pinos. En aquel monte fué sorprendido Javier Mina el día 1.º de Abril del año 1810.

Víctima de un infame lazo que le tendió el general Arispe, cayó prisionero no sin pelear antes como un león.

Siguiendo su inícuca conducta, repitieron los generales franceses en Navarra con Javier Mina las *hazañas* de sus compañeros de Aragón y Cataluña con Palafox y Alvarez,

puesto que al hacerle prisionero le maltrataron de la manera más cruel, conduciéndole á Francia, donde fué encerrado en el castillo de Vincennes del que no salió hasta la terminación de la guerra de la Independencia en 1814.

Completaremos su retrato.



JAVIER MINA

Javier Mina, que parecía nacido para la guerra, poseía las cualidades del verdadero caudillo popular, y jamás atacaba al enemigo sin contar con grandes probabilidades de triunfo.



Sereno y activo, valeroso y rígido, era Javier la esperanza de los patriotas y el terror de los imperiales.

Meses enteros se burló de los generales franceses, anocheciendo en Navarra y amaneciendo en Aragón, luchando en la Rioja en ayuda del marqués de Barrio-Lucio, de Narrón y Cuevecillas, llegando á Cataluña, no durmiendo en poblado, vadeando los ríos con el agua á la cintura, sufriendo impasible las lluvias, el hambre y el frío.

Su amor patrio era tan grande, que nunca perdonó al español que se había pasado á los franceses, y mucho menos á los espías de este, á los que profesaba un odio á muerte.

En cambio se sacrificaba por proteger á los pueblos y por libertarlos de cualesquiera vejación y tiranía.

De espíritu tan justiciero como de noble corazón, los castigos que aplicó á algunos malos españoles, servidores de los imperiales, así como los actos de valor que realizó en defensa de los leales patricios, hicieron que en todo el país fuese adorado por los buenos y temido de los malos.

La fama de Javier Mina se extendió por toda España, donde sus altos hechos se referían con el mayor encomio.

El acto de la Junta Central de regalarle una bandera, prueba la gran estima en que los individuos del Supremo Gobierno le tenían.

Por fortuna nuestra, si Javier había caído en poder de los franceses, quedaba su tío, el bizarro D. Francisco Espóz y Mina, que pronto debía vengar la invasión de su adorada patria y la prisión de su querido sobrino.

## Parte segunda.

D. Francisco Espóz y Mina había nacido igualmente en el pueblo de Idocín, el día 17 de Junio de 1781.

Hijo de D. Juan Esteban Espóz y Mina y de D.<sup>a</sup> María Teresa Ilundain, el niño Francisco aprendió á leer y escribir, cosa que en aquel tiempo era mucho; y á la muerte de su padre quedó encargado de la pequeña hacienda que

constituía el patrimonio de su familia, la cual mejoró á fuerza de buenos cultivos y cuidadoso esmero.

El amor á su querida madre y hermanos, y los triunfos literarios de su sobrino, llenaban por completo su noble alma; y cuando en la época de las vacaciones regresaba el gallardo estudiante de Zaragoza, Francisco tenía como la mayor dicha en recorrer con él los pueblos de la comarca, recibiendo de su gloria un reflejo de luz y de su talento un tinte de ilustración que le llenaban de legítimo orgullo.

Todas estas purísimas alegrías terminaron en 1808.

Inflamado el corazón de Francisco por el amor patrio, indignado por la alevosa conducta de Napoleón, lacerado su pecho por las lágrimas que sus tios vertían pensando en el triste porvenir que aguardaba á su adorado Javier encerrado dentro de los muros de la inmortal Zaragoza, empuñó el fusil con beneplácito de su madre, una navarra digna sucesora de aquellas valerosas matronas que dieron la vida á los vencedores de Carlo Magno y se lanzó á los campos, causando á los imperiales todo el daño que pudo, desde Idocín á Pamplona.

Perseguido por los franceses, huyó de Idocín, y para estar más cerca de Javier, el 8 de Febrero de 1809; sentó plaza de soldado voluntario en el batallón de Doyle, que guarnecía á Jaca, permaneciendo en él hasta la infame entrega de aquella plaza por el monje fray José de la Consolación, después de la cual, y para no verse obligado á servir á los imperiales, se descolgó desde las murallas, con grave peligro de su vida, tornando á Navarra.

A su regreso á Idocín se encontró con los bonapartistas, llegando á tiempo de poder tomar parte en el combate, de salvar á sus tios y de reunir á los primeros mozos que formaron la guerrilla de su sobrino Javier.

Jóvenes y valientes, casi hermanos, los Minas fueron contra los franceses una poderosa máquina de guerra, á la que en vano pretendían resistir.

Después de la sorpresa de Labiano, en la que Javier fué hecho prisionero, y en la que él sostuvo con 14 caballos el ataque de 40 dragones por espacio de una hora, fué elevado á jefe por los restos de la guerrilla de Javier.

Reconocido en el mes de Abril comandante en jefe de las guerrillas de Navarra, se propuso organizarlas y sujetar á ciertos capitanes subalternos á una severa disciplina.

Resuelto á ello, se encaminó á Lecunza y sorprendió al partidario Sádaba, que con algunos hombres vagaba por los campos cometiendo tropelías, y á la vista de sus partidarios le hizo prisionero, echándole en cara sus desmanes contra los pobres campesinos, acto de valor y energía que le conquistó la sumisión de Sádaba y de sus compañeros, que arrepentidos, le proclamaron jefe.

Sabedor de que Pascual Echevarría era uno de los pocos que como Sádaba, si bien combatía á los franceses, oprimía á los pueblos imponiéndoles fuertes contribuciones y hasta saqueándolos, penetró en Estella enterado de que en aquella ciudad se hallaba Echevarría con sus fuerzas, le arrestó dentro de la misma casa en donde se alojaba, sometiéndole á un consejo de guerra, ante el cual quedaron probados los delitos de que se le acusaba, y á las pocas horas le mandó fusilar, en unión de tres de sus principales cómplices.

Acto continuo reunió á los partidarios de Echevarría, ni uno de los cuales había levantado la voz en favor de su capitán, y les dijo:

—¡Muchachos! Acabais de ver lo que he hecho con el que se llamaba vuestro jefe. Por sus delitos, merecía la muerte que ha recibido. Si vosotros sois verdaderos patriotas, si habeis salido al campo para defender á la patria, á la religión y á Fernando, yo os admito en mi guerrilla; pero ya sabeis que á mi lado no consiento traidores ni ladrones. Conmigo se lucha, y se triunfa ó se muere; pero siempre con gloria, y sobre todo con honor.

—¡Viva Espóz y Mina!—gritaron los antiguos partidarios de Echevarría.

—¡Viva España!—exclamó D. Francisco.

—¡Viva!—respondieron unidos sus guerrilleros y los partidarios de Echevarría.

Para convencerse de la fidelidad y del valor de estos últimos, los puso de vanguardia á las órdenes de su leal amigo D. Gregorio Cruchaga.

Ha dicho un célebre escritor que el *honor da entendimiento*; y pronto D. Francisco Espóz y Mina demostró esta verdad organizando de un modo admirable sus guerrillas, que participaban á la vez de la disciplina militar y de la independencia popular, secreto que él solo parecía poseer.

Los campos de Navarra presenciaron los triunfos del nuevo capitán, á quien los franceses empezaron á contemplar con sorpresa y concluyeron por mirar con espanto.

Sus triunfos en Puente la Reina, en Estella y en Olite le alcanzaron una aureola de gloria.

En acciones casi diarias, D. Francisco Espóz y Mina derrotó á los imperiales, les causó gran número de muertos, se apoderó de multitud de convoyes y les aprisionó cientos de hombres.

El espanto de los imperiales crecía en cada combate. Si antes era Javier, ahora era D. Francisco; y era imposible batirse contra ellos si no se ponían en movimiento fuerzas muy considerables.

Por esta razón, á principios de Septiembre Navarra se vió cubierta por un ejército de 30.000 franceses, cuyo objetivo era exterminar las guerrillas de Espóz y Mina, quien ante fuerzas tan superiores, decidió burlar á los bonapartistas, retirándose á Castilla y Aragón, donde las reorganizó, formando con ellas tres batallones con los nombres de «Voluntarios de Navarra», reservándose el mando del primero y dando á D. Lucas Górriz y D. Gregorio Cruchaga el del segundo y tercero. Además creó un escuadrón de caballería, y les dió á todas estas fuerzas el nombre de «División de Voluntarios de Navarra», que fué aprobado y reconocido por el Supremo Gobierno.

Sabedor de la falta de recursos con que luchaba el Gobierno Nacional, D. Francisco Espóz y Mina realizó el milagro, que de tal puede calificarse, de mantener sus guerrillas sin pedir nada al Estado y sin ser gravoso á los pueblos. ¿Cómo? El mismo nos lo dirá más adelante.

En el ataque á Tarazona el 12 de Octubre, para salvar á Gregorio Cruchaga, que herido en la cabeza, cayó en poder del enemigo, metióse sable en mano entre 60 caballos



con solo 30, saliendo gravemente herido en un brazo. Esto le obligó á regresar á Navarra para curarse, mientras Cruchaga se curaba en Aragón.

Habiendo sacado los franceses algunas fuerzas de Navarra, Espóz y Mina juzgó muy conveniente volver á su país con sus tropas, y el 17 de Diciembre, apenas llegó, atacó á los imperiales en los campos de Tiebas, el 21 en Monreal y el 25 en Aibar, con el éxito más completo.

\* \*

En la campaña de 1811 debía recoger el famoso guerrillero nuevos y gloriosos lauros.

Entre sus principales acciones, citaremos la del 25 de Mayo en el puerto de Arlabán.

Las seis de la mañana serían cuando apareció un convoy compuesto de 150 carros y coches, escoltado por 1.200 hombres entre infantes y caballos, encargados á la vez de la custodia de 1.042 prisioneros españoles é ingleses.

Dejó Espóz y Mina pasar la vanguardia, y al dar la señal convenida, que era un pistoletazo, sus guerrilleros, emboscados y ocultos á ambos lados del camino, lanzáronse sobre el convoy, haciendo primero una descarga cerrada y acometiendo después á la bayoneta.

Desordenáronse los franceses, huyendo algunos; pero otros se hicieron fuertes y llamando á sus camaradas, les obligaron á volver y á combatir.

Nuestros guerrilleros, que ya se juzgaban vencedores, tuvieron que pelear de nuevo; y lo hicieron con tal ardor, que los franceses perdieron 800 hombres y todo el convoy, quedando libres los prisioneros españoles é ingleses.

Tan humano como valiente, autorizó á las mujeres que iban en el convoy para continuar su viaje á Francia, tratando al coronel Laffite y á los prisioneros con el mayor afecto, á pesar de las recientes crueldades cometidas por los bonapartistas con sus guerrilleros.

Furiosos con este descalabro, organizaron los franceses diversas columnas para aprisionarle, cometiendo la infamia de poner á precio su cabeza, por la que llegaron á ofrecer seis mil duros.

Cuando el *Empecinado* y el brigadier Durán marcharon sobre Calatayud á fin de distraer las fuerzas enemigas, don Francisco Espóz y Mina decidió prestarles su ayuda, penetrando en Aragón y sitiando á Ayerbe.

Al recibir la noticia de que 1.200 infantes y 50 caballos al mando de Ceccopieri, venían de Zaragoza en auxilio de los sitiados, salió á su encuentro.

Veamos como D. Francisco Espóz Mina nos describe esta acción en sus *Memorias*:

«Los franceses empezaron á burlarse de nosotros, gritando: «¡A la bayoneta, que los brigantes no las tienen! ¡Brigantes, papá y mamá, á Valencia por bayonetas!»

»Entónces exclamé: ¡Animo, muchachos; hoy es día de vengarnos de esta infame canalla! ¡Teneis valor?

»Y con voz fuerte y sonora respondieron todos: «¡Sí, mi general, hasta morir!»

»¡Pues á ellos, que hoy va á ser para vosotros un día de gloria.

»Y dando los jefes el ejemplo, nos arrojamos sobre ellos.

»Retiráronse maniobrando con destreza, formando el cuadro una, dos, tres y hasta cuatro veces; pero mis voluntarios no reconocían táctica más sublime que la de echarse sobre el enemigo, romper sus cuadros, matar 300 hombres y dejar en mi poder 640 soldados y 14 oficiales, muchos de ellos heridos, y gravemente el mismo Ceccopieri.»

Pero la campaña que dió quizá más reputación á Espóz y Mina de guerrillero impalpable y de hábil caudillo fué, á juicio del ilustrado general Sr. Arteche, la del Rencal.

Muchos jefes, á la cabeza de 20.000 hombres de todas armas, divididos en varias columnas, recibieron la misión de prenderle y destruir cuantos establecimientos había creado en aquel valle; pero de tal modo los burló, con sus varios y al parecer dislocados movimientos, y hasta tal punto llegó á desorientarlos, ya pasando el Aragón y el Ebro, ya volviendo á Navarra á combatirlos impensadamente y siempre con ventaja, que hubieron de volver á Pamplona vencidos, mustios, avergonzados de su impotencia y de la habilidad de su adversario.



Desesperanzados los franceses de poder destruirle en campo raso, apelaron al soborno y á la infamia. Primero le ofrecieron elevarle á la mayor categoría de su carrera militar, con promesa de que nunca sería empleada su espada en contra de España. Después se apoderaron de una hermana que Espóz y Mina tenía en Pamplona casada, y de su marido, amenazándolos con la muerte y realizando todos los preparativos para llevarlos al cadalso. Puestos ambos en capilla, el general Abbé les obligó á escribir una carta á Espóz y Mina manifestándole su situación y que serían sacrificados si no abandonaba el partido que seguía y la persecución de los franceses.

D. Francisco les contestó aconsejándoles conformidad con su suerte, porque su deber para con la patria no le permitía salvarlos haciendo traición á sus juramentos; pero les aseguraba al mismo tiempo que su inocente sacrificio costaría muchas vidas á sus verdugos.

Esta amenaza contuvo á Abbé, quien envió á Francia á la hermana del general, conservando al marido de aquélla en Pamplona.

Espóz y Mina publicó entonces la siguiente notable declaración:

«Navarra es el país del llanto y de la amargura. Padres que ven á sus hijos colgados de una horca por su heroicidad en defender á la patria; éstos á sus padres consumidos en la prisión y por último espirar en un palo sin más delitos que el ser padres de tan valientes defensores. . . . .

«Alcaldes, pudientes, sacerdotes, han sufrido el saqueo más bárbaro y después han sido conducidos á Francia ó los han hecho víctimas de su ferocidad. . . . .

«Tan decididos y bravos en el campo, han sido blandos y generosos mis guerrilleros con el enemigo rendido; la mesa de los jefes guerrilleros, ha sido la de los oficiales franceses prisioneros, y el simple soldado ha percibido la misma ración diaria que mis voluntarios. . . . .

«Inútilmente he pasado á los generales franceses en Navarra los oficios más enérgicos para reducir la guerra á su debida condición. Estoy, pues, justificado en mis procedimientos. . . . .

«Para colmo de mi convencimiento y última declaración de la iniquidad francesa, he visto á 12 paisanos fusilados en Estella, 16 en Pamplona; 4 oficiales y 38 voluntarios en dos días.

«Por lo tanto, en Navarra se declara guerra á muerte y sin cuartel á los franceses, sin distinción de soldados ni generales, incluyendo al emperador Napoleón.»

Este género de guerra lo ejecutó Espóz y Mina durante algún tiempo, teniendo siempre en el valle del Roncal un cuantioso depósito de prisioneros. Si el enemigo le ahorcaba ó fusilaba á un oficial, él hacía lo mismo con cuatro de los suyos; si perecía un guerrillero, él inmolaba veinte soldados. Así logró aterrorizar al enemigo y obligarle á proponer el término de tan atroz sistema.

Espóz y Mina—dice un escritor alemán—apellidado por los mismos franceses *el rey chico de Navarra*, era el verdadero dueño de esta provincia, obedeciéndose sus órdenes hasta en las poblaciones ocupadas por los imperiales. En todas partes se confeccionaban secretamente uniformes para sus guerrilleros; las montañas más altas y los desfiladeros más impenetrables eran asiento de sus fábricas de armas y de sus depósitos de municiones; los enfermos y heridos eran cuidados en los pueblos, y no pocas veces en las mismas casas donde se alojaban sus enemigos.

Era rarísimo encontrar un traidor.

\* \* \*

La campaña de 1812 no fué escasa en triunfos para don Francisco Espóz y Mina, quien á vueltas siempre con el enemigo, pasaba de una provincia á otra, juntaba sus fuerzas, las dispersaba, las reunía de nuevo, luchaba sólo con sus batallones ó combatía unido á otros guerrilleros, y siempre con gloria.

El 6 de Enero sorprendió é hizo prisionera á la guarnición francesa de la importante ciudad de Huesca.

El día 11, y en presencia del general en jefe del 7.º distrito, D. Gabriel Mendizábal, dió Espóz y Mina, en compañía de las fuerzas de Longa, la célebre batalla de Rocafort y Sangüesa contra el general Abbé, gobernador de Pamplo-

na; y á pesar de que éste llevaba á sus órdenes 3.000 hombres y las fuerzas de Mina no llegaban á 3.000, los acometió por todas partes y los envolvió, obligándolos á emprender una desastrosa retirada, cogiéndoles la artillería y causándoles una pérdida de 2.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Poco después atacó á la columna enemiga llamada *Infernal* por los grandes crímenes que cometía, y la destruyó por completo.

Una nueva victoria debía alcanzar en Arlabán apoderándose de otro convoy, obligando á huir á los soldados que le custodiaban, libertando 700 prisioneros españoles que llevaban á Francia, cogiendo un rico botín, dos banderas y 150 prisioneros. Mr. Deslandes, secretario del rey intruso José Bonaparte y portador de una correspondencia importante, al querer huir saliendo del coche, cayó muerto de un sablazo que le dió el oficial D. León Mayo. Su esposa D.<sup>a</sup> Carlota Aranza, fué respetada, como otras damas francesas que iban en el convoy. Cinco niños, cuyos padres ó huyeron ó no se dieron á conocer, fueron enviados por D. Francisco á Vitoria, diciendo en su parte al gobierno:

«Estos angelitos, víctimas inocentes en los primeros pasos de su vida, han merecido de mi división todos los sentimientos de compasión y caridad que dictan la religión y la humanidad ante una edad tan tierna y una suerte tan desventurada. Los niños, por su candor, tienen sobre mi alma el mayor ascendiente, y son la única fuerza que amolda el corazón guerrero de mi segundo Cruchaga.»

El 17 de Abril fué nombrado Espoz y Mina, mariscal de campo.

Habiéndose trasladado á Aragón, donde se encontraba su regimiento *Húsares de Navarra*, se vió cercado y casi cogido en el pueblo de Robres.

Al amanecer del 23 de Abril, el titulado guerrillero Tris (*Malcarado*), á quien D. Francisco deseaba castigar por los muchos daños que á los pueblos causaba, le salió al encuentro en el pueblo de Robres, proponiéndole enviar un confidente á Huesca, á vigilar la guarnición enemiga de aquella ciudad, que solo distaba cuatro leguas.

Aceptó Mina la propuesta, y con la mayor confianza se echó á descansar, en tanto que *Malcarado* enviaba uno de sus hombres á Huesca á avisar al general francés Panetier para que viniese con una columna y aprisionara á D. Francisco, ganando de este modo los seis mil duros que los imperiales habían ofrecido por su cabeza.

*Malcarado* retiró las avanzadas españolas y Espoz y Mina se vió cercado en la población por mil infantes y doscientos caballos. Acometido por cinco húsares en la puerta misma de la casa en donde se alojaba, se defendió de ellos con la tranca de la puerta, única arma que tenía á mano, mientras que su asistente, Luis Gastón le preparaba el caballo. Montando en seguida con ayuda suya, salió, los ahuyentó y persigió por las calles, quitando á uno de ellos el brazo de un sablazo. Reunió algunos de sus guerrilleros, con los que embistió al enemigo, rescatando á varios oficiales y soldados que los imperiales habían sorprendido y hecho prisioneros, y continuó batiéndose cerca de una hora para que pudieran salvarse los demás.

Don Francisco que no había perdido de vista á *Malcarado*, se le llevó prisionero con su criado y confidente; y á los dos, convictos de su traición, mandó quitarles la vida en el pueblo de Alcubierre.

«Se admira—dice Toreno—tanto guerrear, más destructor y temible para los franceses, cuanto más se asemejaba al de los pueblos primitivos en sus lides.»

El 23 de Mayo, en la acción de Santa Cruz de Campezu, recibió D. Francisco una grave herida en el muslo derecho que le tuvo privado de combatir durante algún tiempo.

\*  
\*\*

El 5 de Junio fué nombrado Mina segundo general del séptimo cuerpo.

La muerte de su querido amigo D. Gregorio Cruchaga, ya ascendido á brigadier en merecida recompensa á sus señalados servicios, causó á Espoz y Mina la más dolorosa pena, llorándole como se llora á un hermano del corazón.

En los primeros días de Agosto, D. Francisco, bastante mejorado de su herida, pudo montar de nuevo á caballo.

Las tropas de su división, mandadas por D. Lucas Górriz, no habían dejado de batirse un solo día.

Atacó Espóz y Mina á la guarnición francesa de Vitoria, obligándola á encerrarse en la ciudad con pérdida de trescientos hombres; y esto sin abandonar el estrecho cerco que tenía puesto á la de Pamplona, cuyos soldados sufrían las mayores escaseces, costándoles cada salida que realizaban en busca de comestibles, pérdidas enormes. En una de ellas tuvo el general Abbé diecisiete oficiales muertos y veintinueve heridos; trescientos soldados muertos y cerca de mil heridos.

Dos juicios sobre éste combate:

Decía el general Abbé que el fuego de nuestros guerrilleros en aquel día, tan solo podía compararlo «al que sufrió en Austerlitz y Marengo.»

El parte de Espóz y Mina terminaba así: «Cuanto más horroroso era el fuego, más intrépidos se mostraban los míos.»

Otra salida de Abbé en busca de vituallas, produjo en el pueblo de Pueyo una sangrienta lucha, teniendo el general francés que desocupar los carros que llevaba cargados de trigo, para llenarlos de heridos; regresando á Pamplona con pérdida de 800 hombres, de ellos muchos oficiales.

A fines de Octubre, la división del mariscal de campo don Francisco Espóz y Mina, por el número y la valía de sus soldados, era brillantísima. Componíase de seis batallones, 1.500 jinetes y una compañía, que al mando de D. Félix Sarasa, ocupaba la falda del Pirineo. En total, unos 10.000 hombres que operaban en Navarra, las Vascongadas y Aragón.

En los comienzos del año 1813, Espóz y Mina se acercó valientemente á Deva, para recoger vestuario, municiones y dos cañones de batir que los ingleses le regalaron, con los cuales sitió y tomó á Tafalla, entregándosele los 319 infantes y 40 caballos que custodiaban la ciudad.

Sin descansar apenas, se apoderó de Sos, y desbarató completamente el 31 de Marzo en Lerín y campos de Lodosa á una respetable columna, cogiendo sus ginetes más de 300 prisioneros.

Perseguido activamente por los generales Abbé, que mandaba en Pamplona, y Clausel que manaba en Aragón y que habían jurado destruirle á toda costa, se colocó por medio de una rápida contramarcha, á espaldas de los franceses, cayendo sobre Mendigorria, en donde habían dejado un destacamento, al que obligó á rendirse.

Cuando el ejército aliado se acercaba á Vitoria, en cuyos campos había de librarse la famosa batalla que produjo la salida de España de nuestros enemigos, D. Francisco recibió orden del generalísimo Lord Wellington, de no perder de vista á la división del general Clausel, impidiéndola llegar á Vitoria en auxilio de los franceses; tarea que ejecutó de tan admirable manera, que Clausel marchó como aislado y á ciegas, llegando á Tudela donde supo el desastre de Vitoria y volviendo á Zaragoza, siempre perseguido por la división de Mina y las tropas de Pakenham, lo que le obligó á emprender la huida á Francia por Jaca y Canfranc.

Al abandonar el general París á Zaragoza, Espóz y Mina vadeando el Ebro, le persiguió, batiéndole en Lecñena y Magallón, y cogiéndole los coches y calesas en que llevaba todo el botín sacado de la ciudad heroica, y un número considerable de prisioneros.

Nombrado comandante general de Aragón, con licencia de añadir á sus fuerzas las que quisiera entresacar de la división Durán, recibió nuevas órdenes de Wellington, para volver á Navarra y situarse en Sangüesa, desde cuya ciudad formó una línea hasta Pamplona, auxiliando á la división de D. Carlos de España, que había reemplazado á la suya en el bloqueo de esta plaza; marchando luego á Roncesvalles, penetrando en Francia; ocupando á Baygorry, y extendiendo sus comunicaciones hasta San Juan de Pié del Puerto.

Siguiendo en Aragón el mismo sistema que había adoptado en Navarra, formó tres batallones de infantería y dos escuadrones de caballería, con los cuales aumentó sus ya respetables fuerzas, combatiendo por igual á los imperiales y á los bandoleros que á pretexto de hacer la guerra á los franceses, vejaban al país de todas maneras.



Nombrado por disposición del gobierno *jefe político*, mostróse tan buen administrador como valiente capitán; procurando abrir todas las fuentes de la pública prosperidad, y devolver á Aragón, como había hecho en Navarra, su patria, la tranquilidad de que tanto necesitaba.

Ocupóse á la vez de la guerra, cercando á la plaza de Jaca aún en poder de los bonapartistas, que al fin se le entregó el 17 de Febrero de 1814, con 700 hombres, 54 piezas de artillería, y una cantidad inmensa de municiones, víveres y vestuario.

Tomada Jaca, en donde dejó el tercer batallón, volvió á penetrar en Francia por Canfranc, y desde Oloron se dirigió á San Juan de Pié del Puerto.

Después de repelar á los sitiados y tomar algunos puntos de importancia para el bloqueo, hubiera caído esta plaza en su poder, si el armisticio celebrado entre Lord Wellington y el mariscal Soult, no hubiera suspendido primero, y luego terminado la campaña.

..

Al repasar la historia de D. Francisco Espóz y Mina, encuéntrase en ella rasgos notabilísimos. Uno de ellos y quizás el principal, es el haber establecido en su campo y bajo su amparo y protección, casi todos los cuerpos y autoridades españolas que seguían funcionando, dictando leyes y administrando justicia ahora en un monte, luego en un valle, hoy en un pueblo, mañana en un campo, con perfecta regularidad, merced al indomable carácter de D. Francisco y al valor de sus guerrilleros. Es decir, que invadida por completo Navarra por los franceses, que tenían en su poder con la capital, Pamplona, las poblaciones más importantes, la vida nacional no se interrumpió un solo momento.

Otro de sus rasgos más notables fué el mantenimiento de sus tropas sin pedir nada al Estado y sin ser gravoso á los pueblos.

Oigámos cómo consiguió esto:

«Establecí, para el surtido de mi división fábricas ambulantes de vestuarios, monturas, armas y municiones, que á veces llevaba conmigo y otras las hacía trabajar ó dejaba

escondidas en los montes. Para el mantenimiento de dichas fábricas y para el pago de mis tropas, hospitales, espionaje y demás gastos de la guerra, solo conté con estos recursos:

1.º El producto de las aduanas que establecí en la frontera misma de Francia; habiendo llegado á poner en contribución hasta á la Aduana Imperial de Irún, que se obligó



D. FRANCISCO EZPÓZ Y MINA

á entregarme y con efecto entregaba mensualmente á mis comisionados, cien onzas de oro».

¿No admira verdaderamente que una aduana francesa, una aduana del soberbio Napoleón, del gran capitán del siglo, del tirano de Europa, pagase contribución á un guerrillero español?

Pero sigamos oyendo á Espóz y Mina:

2.º Los rendimientos de todo género de rentas á la na-

ción, fincas de los conventos, etc., etc., que exigían los franceses y que yo arrebatava por lo general á sus convoyes.

3.º Las presas que por separado hacfa á los imperiales.

4.º Las multas con que castigaba á algunos malos españoles.

5.º Algunos generosos donativos que recibí de nacionales y extranjeros.

Jamás impuse á los pueblos contribución alguna ordinaria ó extraordinaria, ni les exigí otra cosa que las raciones de pan, vino y carne para mis soldados y las de cebada para los caballos, raciones con que contribuían gustosos.»

Don Francisco Espóz y Mina, cuyo nombre no es posible recordar sin respeto y veneración, fué tan escrupuloso en este punto, que su comisario de guerra llevaba una cuenta minuciosa y comprobada de todos los recursos con que llegó á contar su división; así como de los gastos; cuentas que él examinaba luego, y que presentadas más tarde al Gobierno Nacional, merecieron los más grandes elogios para el caudillo navarro, y el nombramiento de contador de los Ejércitos, para su comisario.

Más que admiración, causa pasmo, que 600.000 franceses, soldados aguerridos, acostumbrados donde quiera á vencer, no lograran con tan buenos jefes y con un perfecto material de guerra, derrotar á un oscuro labrador, ignorante de la ciencia militar, sin materiales de guerra y sin otro ejército que unos cuantos paisanos, siendo ellos por el contrario los vencidos y los que dejaban en su poder cientos de prisioneros.

Al tratar de éste punto, dice el general en sus *Memorias*:

«Yo llevaba gran ventaja á los franceses en el número de prisioneros que hacfa: entre ellos habfa oficiales, y por la constitución particular de mis voluntarios, ésta clase no estaba todavía reconocida oficialmente, y como era justo que á los que de hecho ejercían funciones de tales, se les considerase en su debida categoría si llegaban á caer prisioneros, por ésto y otras razones de no menor importancia, dí á mis guerrillas la organización y disciplina del ejército, formándolas en batallones con sus jefes y oficiales, á fin de

asimilarlas á los franceses en las transacciones y canges á que debfa dar lugar pelea tan larga y de tan varia fortuna.»

Como se vé, el modesto labrador de Idocín, adquiria cada día mayor ilustración, mostrándose, á la vez que valiente guerrillero, hábil político.

Hecha la paz, el rey Fernando VII que habfa entrado en Madrid y deseaba conocerle, envió un real permiso á Espóz y Mina para que pasase á la Corte, como lo verificó, á mediados del mes de Julio de 1814.

En los veinticinco días que permaneció en Madrid, obtuvo D. Francisco varias audiencias reservadas del monarca.

Una intriga, encaminada á lograr que los regimientos de la *División de Navarra*, ya muy de antemano igualados con los demás del ejército, según el mismo general nos dijo, se convirtiesen en Cuerpos Francos, lo que, divulgado diestramente entre ellos, dándolo como cosa resuelta, produjo la deserción de algunos, de sus antiguos guerrilleros, le obligó á salir de la Corte y á presentarse en Pamplona.

Dictóse una real orden mandándole que juzgara militarmente á los desertores; pero él, siempre humano, les dirigió una proclama al llegar á Navarra llamándolos á sus banderas, y ellos siempre obedientes y cariñosos, acudieron sin faltar uno sólo.

Su división, compuesta de nueve regimientos de infantería y dos de caballería, en total 13.500 hombres, era la admiración de propios y extraños.

D. Francisco Espóz y Mina, lo mismo de guerrillero que de general, fué un modelo de disciplina que todos sus voluntarios imitaron; pero esta disciplina en nada amenguó sus nobles sentimientos y su carácter humanitario.

A su espíritu enérgico, unió las mejores dotes de mando, un golpe de vista sorprendente, un valor y serenidad á toda prueba, y una fecunda imaginación en la extrategia, á la que debió la mayor parte de sus triunfos.

Los guerrilleros le admiraban por heróico, y los pueblos le adoraban por justiciero.

Los generales franceses vieron oscurecido el brillo de sus glorias en Navarra, delante de Espóz y Mina.

Para los jefes imperiales, era un táctico y un extratético



consumado; pues no de otro modo se explicaban sus rápidas marchas y sus hábiles contramarchas.

Para los soldados bonapartistas, el guerrillero navarro, era un *brujo*, un ser misterioso, un hombre invisible; que aparecía y desaparecía de repente y que en otras ocasiones parecía salir del fondo de la tierra.

Napoleón, no pudiendo comprender á nuestro país, ni el poder de las guerrillas, ni su género de guerra, cambiaba incesantemente de generales, los apremiaba para vencer, los reconvenía por que no triunfaban, sin estimar en su justo valor, á pesar del talento que se le reconocía, las palabras de uno de sus mejores oficiales, del general Hugo, quien comparaba nuestras guerrillas con la famosa hidra de la fábula.

En vano el mariscal Bessieres dictó aquel bárbaro decreto, según el cual, debían ser arrestados los tres parientes más próximos de un guerrillero, por cada español amigo de los franceses de que los nuestros llegaran á apoderarse, pudiendo, si éste era muerto, ser aquellos fusilados sin formación de proceso; en vano fué sentenciar á todos los habitantes de un pueblo que le abandonaban sin permiso de los oficiales franceses, al secuestro y la venta de todos sus bienes, siendo además arrestados todos sus parientes; en vano fué castigar con una sentencia de muerte á todo el que tuviera correspondencia con los guerrilleros, y á diez años de prisión al que se cartease con cualquier habitante del país ocupado por ellos; en vano que nuestros defensores fuesen calificados de *brigantes*, sentenciados á muerte y hasta crucificados en los árboles de los caminos.

No somos nosotros; es un francés, un historiador de la valía de Mr. Thiers, quien dice:

«A la larga, el sistema de guerrillas, infatigablemente sostenido, debía destruir los más numerosos y valientes ejércitos, por que un ejército cuyos destacamentos son destruidos, es un árbol al que se le cortan las raíces, destinado, por tanto, á languidecer primero, á secarse después, y á morir por último.»

El mariscal Suchet, que hizo aquella guerra en España, escribió en sus *Memorias*:

«La guerra de España fué una guerra de sorpresas y emboscadas. Los guerrilleros derrotaron ejércitos á los que sus grandes triunfos hacían considerar como invencibles...

»El alma de la Patria latió en la de cada español.

»Los guerrilleros, sóbrios y duros para las fatigas, lo mismo resistían el calor que el frío.

»Eran los legítimos descendientes de los Celtíberos, dispuestos á todos los sacrificios, exentos de necesidades, sin preocuparse del uniforme, eligiendo sus jefes, apareciendo y desapareciendo, atacando y retrocediendo, según les favorecía el terreno y la ocasión.»

¡Ah! Es que los guerrilleros eran la nación en armas, y por cada uno que desaparecía, aparecían diez.

Ni amenazas, ni alhagos, ni tormentos, ni dádivas, nada pudo quebrantar aquellos espíritus superiores.

La guerra de guerrillas no era la guerra de la ciencia militar; pero fué la guerra patriótica: á la vez terrible y grandiosa.

El guerrillero, lejos de ser un *bandolero*, como le apellidaban Napoleón y sus generales, era un héroe en el más alto sentido de la palabra; pundonoroso y cortés con las damas, dulce y cariñoso con los niños, y humano y compasivo con los prisioneros y heridos. Esto nos ha demostrado la historia de D. Francisco Espóz y Mina, y lo prueba también la vida de todos nuestros caudillos populares.

E. RODRÍGUEZ SOLÍS.





# GLORIAS DE ESPAÑA

## LECTURAS PATRIÓTICAS

El objeto de esta publicación periódico-semanal, es recordar por medio de narraciones verídicas, sencillas y al alcance de todos, los episodios más gloriosos de la Historia de España.

Cada tomito, de 32 á 40 páginas, constituirá la narración de un acto heroico colectivo ó de las hazañas y proezas de un personaje histórico, que sean dignos de admiración.

La colección completa formará una galería de lo más noble, bello y grandioso de la Historia de nuestra patria.

## NARRACIONES PUBLICADAS

Núm. 1. El combate del Callao — Núm. 2. La Virgen del Pilar dice. . (PRIMER SITIO DE ZARAGOZA).—Núm. 3. El alcalde de Mósteles.—  
Número 4. Heroísmo aragonés (SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA).—  
Número 5. La batalla de Lepanto.—Núm. 6. Los somatenes del Bruch.—Núm. 7. La batalla de Bailén.—Núm. 8. María Pita. (DEFENSA DE LA CORUÑA EN 1588).—Núm. 9. El sitio de Gerona.—Número 10. Una derrota gloriosa (TRAFALGAR).—Núm. 11. Batalla de los Castillejos. (EPISODIOS DE LA GUERRA DE AFRICA).—Núm. 12. ¡Que viene el Drake! (DEFENSA DE PUERTO RICO).—Núm. 13. ¡La de San Quintín!—Núm. 14.— El general pierna de palo.—Núm. 15.— El primer guerrillero (JUAN MARTÍN EL EMPEDINADO).—Núm. 16. Ignacio de Loyola.—Núm. 17. Covadonga.—Núm. 18. Héroes de Navarra.

## PRECIO DE CADA TOMITO

### En la Península: 10 CÉNTIMOS

EN AMÉRICA FIJAN EL PRECIO LOS CORRESPONSALES.—EN LOS PUNTOS DONDE NO HAYA CENTRO DE SUSCRIPCIÓN, LIBRERÍAS Ó VENDEDORES DE PERIÓDICOS, LAS PERSONAS QUE DESEEN ADQUIRIR LOS CUADERNOS PUBLICADOS, ENVIARÁN 10 CÉNTIMOS POR CADA UNO EN LIBRANZAS, Ó SELLOS DE CORREOS EN CARTA CERTIFICADA, AL ADMINISTRADOR DE «LA ÚLTIMA MODA», CALLE DE VELÁZQUEZ, 56. APARTADO 24, MADRID.

Las GLORIAS DE ESPAÑA alternan semanalmente con las obras de la BIBLIOTECA POPULAR ILUSTRADA.